

«NO HAY NADIE MEJOR INFORMADO Y CON MAYOR CAPACIDAD
DE ANÁLISIS QUE MARTIN WOLF.» —THE WASHINGTON POST

La crisis del capitalismo democrático

*Por qué el matrimonio entre democracia y
capitalismo se está diluyendo y qué
debemos hacer para solucionarlo*



MARTIN
WOLF

JEFE DE ECONOMÍA DEL *FINANCIAL TIMES*

La crisis del capitalismo democrático

Por qué el matrimonio entre
democracia y capitalismo se está
diluyendo y qué debemos hacer para
solucionarlo

MARTIN WOLF

Traducción de Javier Guerrero



EDICIONES DEUSTO

Título original: *The Crisis of Democratic Capitalism*

© Martin Wolf, 2023
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Javier Guerrero, 2023

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2023
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2023
Depósito legal: B. 12.281-2023
ISBN: 978-84-234-3606-4
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Impreso en España - *Printed in Spain*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Sumario

| | |
|--|----|
| Prefacio: Por qué escribí este libro | 11 |
| 1. Esta vez, fuego | 21 |

PRIMERA PARTE

Sobre el capitalismo y la democracia

| | |
|---|----|
| Prólogo a la primera parte | 33 |
| 2. Gemelos simbióticos: política y economía en la historia de la humanidad | 35 |
| 3. La evolución del capitalismo democrático | 63 |

SEGUNDA PARTE

Lo que falló

| | |
|---|-----|
| Prólogo a la segunda parte | 109 |
| 4. Es la economía, estúpido | 111 |
| 5. El auge del capitalismo rentista | 151 |
| 6. Los peligros del populismo | 215 |

TERCERA PARTE

La renovación del capitalismo democrático

| | |
|---|-----|
| Prólogo a la tercera parte | 261 |
| 7. Renovación del capitalismo | 265 |
| 8. Hacia un «nuevo» <i>New Deal</i> | 283 |
| 9. Renovación de la democracia | 363 |

CUARTA PARTE

Una bisagra de la historia

| | |
|--|-----|
| Prólogo a la cuarta parte | 403 |
| 10. El capitalismo democrático en el mundo | 405 |
| Conclusión: Restaurar la ciudadanía | 429 |
| Agradecimientos | 441 |
| Bibliografía | 445 |

Esta vez, fuego¹¹

Puede que lo que estemos presenciando no sea sólo el final de la Guerra Fría, o el final de un período concreto de la historia de posguerra, sino el final de la historia como tal: es decir, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma definitiva de gobierno humano.

FRANCIS FUKUYAMA¹²

Cuando Francis Fukuyama escribió su ensayo «¿El fin de la historia?», publicado cuando terminó la Guerra Fría, en 1989, muchos coincidieron con él en que la síntesis occidental de democracia liberal y libre mercado había cosechado una victoria decisiva sobre sus enemigos ideológicos. A muchos el final de la última ideología totalitaria les parecía no sólo un hecho extraordinario y sorprendente, sino también la promesa de un futuro mejor para la humanidad. La era de la extorsión totalitaria y las masacres había concluido. La libertad —política y económica— se había impuesto.

11. El título de este capítulo es un homenaje a *La próxima vez el fuego*, de James Baldwin, Buenos Aires, Sudamericana, 1964.

12. Francis Fukuyama: «The End of History?», *National Interest*, 16 (verano de 1989), 3-18, <<https://www.jstor.org/stable/24027184>>.

Hoy, ni la democracia liberal ni el capitalismo de libre mercado parecen en absoluto triunfantes. Y eso no sólo es aplicable a países en vías de desarrollo, emergentes o excomunistas, sino incluso a las democracias occidentales establecidas. Los fracasos económicos han hecho temblar la fe en el capitalismo mundial. Los fracasos políticos han socavado la confianza en la democracia liberal. El ascenso de China, cuyo partido comunista en el poder ha rechazado el vínculo entre capitalismo y democracia, también ha sacudido la confianza de Occidente y la confianza en Occidente.

Ahora la democracia liberal y el capitalismo de libre mercado están en entredicho. En la derecha nacionalista, incluso cuando no están en el poder, Donald Trump en Estados Unidos, Nigel Farage en el Reino Unido, Marine Le Pen en Francia, Matteo Salvini en Italia, Geert Wilders en los Países Bajos y Heinz-Christian Strache en Austria moldean —o han moldeado— el debate político. En Hungría y Polonia, dos de los países que se beneficiaron de la caída del Imperio soviético y de la oportunidad de entrar en la Unión Europea, han llegado al poder autoproclamados «demócratas iliberales», un eufemismo para referirse a los autoritarios.¹³ Siguiendo el ejemplo político de Vladímir Putin en Rusia, el húngaro Viktor Orbán y el polaco Jarosław Kaczyński oponen sus asediadas naciones al mundo y la supuesta «voluntad del pueblo» a los derechos individuales. Estos líderes también se oponen al menos a un aspecto (y a menudo a más de uno) del capitalismo global contemporáneo, ya sea el libre comercio, la libre circulación de capitales o la relativa libertad de movimiento de las personas. Es inevitable que esa clase de oposiciones susciten recelos en la Unión Europea.

Un hecho crucial: Estados Unidos tenía en Donald Trump a un presidente que admiraba a los «hombres fuertes» y la política de los hombres fuertes, aborrecía la libertad de prensa, era indiferente a la supervivencia de la alianza occidental, sentía un intenso desagrado por la Unión Europea, era encarnizadamente proteccionista y estaba dispuesto a intervenir de manera arbitraria en las decisiones de empresas individuales.¹⁴ No tenía ningún vínculo ideológico con la democracia liberal o el

13. Sobre la naturaleza del populismo polaco en particular, véase el excelente artículo de Slawomir Sierakowski, director del Instituto de Estudios Avanzados de Varsovia: «The Five Lessons of Populist Rule» (2-1-2017), *Project Syndicate*, <<https://www.project-syndicate.org/commentary/lesson-of-populist-rule-in-poland-by-slawomir-sierakowski-2017-01>>.

14. Sobre la admiración de Trump por los hombres fuertes, véase Domenico Montanaro: «6 Strongmen Trump Has Praised—and the Conflicts It Presents» (2-5-2017),

capitalismo de libre mercado. Era populista, instintivamente autoritario y nacionalista. Lo peor de todo es que proclamó la «gran mentira» de que había ganado las elecciones presidenciales de noviembre de 2020, que perdió por un amplio margen, minando así los cimientos de la democracia estadounidense. Además, Estados Unidos no es un país cualquiera: es el creador del orden mundial liberal posterior a la Segunda Guerra Mundial. Trump carecía del carácter, el intelecto y los conocimientos necesarios para ser presidente de una gran república democrática. Su ascenso al poder en 2016 y su persistente influencia en el Partido Republicano tras su derrota en 2020 fue (y sigue siendo) un preocupante fracaso de la democracia más importante del mundo.

En este libro argumentaré que, en las democracias de renta alta, la decepción económica es una de las principales explicaciones del auge del populismo de izquierdas y de derechas.¹⁵ En cambio, muchos apuntan a factores culturales: ansiedad por el estatus, creencias religiosas o racismo declarado. En efecto, se trata de importantes dolencias subyacentes. Sin embargo, no habrían afectado de un modo tan profundo a las sociedades si la economía hubiera funcionado mejor. Además, muchos de estos cambios supuestamente culturales también están relacionados con lo que ha estado sucediendo en la esfera económica: algunos ejemplos importantes son el impacto de la desindustrialización en la mano de obra y las presiones de la migración económica sobre las poblaciones establecidas. Los ciudadanos esperan que la economía les proporcione, a ellos y a sus hijos, niveles razonables de prosperidad y

<<http://www.npr.org/2017/05/02/526520042/6-strongmen-trumps-praised-and-the-conflicts-it-presents>>. Sobre su opinión de la alianza occidental, véase Gideon Rachman: «Atlantic Era under Threat with Donald Trump in White House», *Financial Times* (19-1-2017), <<https://www.ft.com/content/73ccl6e8-de36-11e6-86ac-f253db7791c6>>. Sobre su apoyo a la protección del comercio, véase «The Inaugural Address» (20-1-2017), <<https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefings-statements/the-inaugural-address>>. Sobre su intervencionismo cotidiano, véase Greg Robb: «Nobel Prize Winner Likens Trump “Bullying” of Companies to Fascist Italy, Germany», *MarketWatch* (6-1-2017), <<http://www.marketwatch.com/story/nobel-prize-winner-likens-trump-bullying-of-companies-to-fascist-italy-germany-2017-01-06?mg=prod/accounts-mw>>, que cita comentarios de Edmund (Ned) Phelps, premio Nobel de Economía.

15. Desde puntos de partida algo diferentes, los libros de Barry Eichengreen y Robert Kuttner coinciden en que las fuerzas económicas ejercieron un papel significativo en la erosión del apoyo interno a las políticas y los sistemas económicos occidentales. Véase Eichengreen: *The Populist Temptation: Economic Grievance and Political Reaction in the Modern Era*, Nueva York, Oxford University Press, 2018, y Kuttner: *Can Democracy Survive Global Capitalism?*, Nueva York, W. W. Norton, 2018. John B. Judis: *La explosión populista: cómo la Gran Recesión transformó la política en Estados Unidos y Europa*, Barcelona, Deusto, 2018, lo destaca especialmente bien.

oportunidades. Cuando no es así, sienten frustración y resentimiento. Eso es lo que ha ocurrido. Mucha gente de los países de renta alta condena el capitalismo global de las últimas tres o cuatro décadas por estos resultados decepcionantes. En lugar de proporcionar prosperidad y progreso constante, ha generado un aumento de la desigualdad, empleos sin futuro e inestabilidad macroeconómica. Como cabía esperar, a menudo culpan de esta decepción a los extranjeros y a las minorías. Así, uno de los puntos en los que coinciden los populistas de izquierda y derecha es la necesidad de limitar el comercio internacional. Muchos también ven la necesidad de restringir la circulación de capitales y trabajadores.

En resumen, la democracia liberal y el capitalismo global que triunfaron hace tres décadas han perdido legitimidad. Esto es importante, porque son, respectivamente, los sistemas de funcionamiento político y económico del Occidente actual. La democracia otorga la soberanía a electorados definidos por la ciudadanía. El capitalismo otorga la toma de decisiones a los propietarios y gestores de empresas privadas que compiten a escala mundial. El potencial de conflicto entre estos sistemas políticos y económicos es evidente: la política democrática es nacional, mientras que la economía de mercado es global; y la política democrática se basa en la idea igualitaria de una persona, un voto, mientras que la economía de mercado se basa en la idea desigual de que los competidores que triunfan cosechan los beneficios.

Hoy en día, la síntesis de democracia y capitalismo («capitalismo democrático») está en crisis.¹⁶ La naturaleza de esa crisis y lo que debería hacerse como respuesta a ella son los temas fundamentales de este libro. El debate se centra en el destino del capitalismo democrático en Occidente, aunque no se limita a ello, porque no puede separarse el futuro de Occidente de lo que ocurre en el resto del mundo. Pero Occidente es el núcleo del capitalismo democrático. Mientras tanto, China,

16. Esta idea no es para nada nueva. Las obras del sociólogo alemán Wolfgang Streeck destacan sobre muchos otros debates. Véase *Comprando tiempo: la crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Madrid, Katz Editores, 2016, y *¿Cómo terminará el capitalismo?: ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017. Véase asimismo Timothy Besley: «Is Cohesive Capitalism under Threat?», en Paul Collier, Diane Coyle, Colin Mayer y Martin Wolf (eds.): «Capitalism: What Has Gone Wrong, What Needs to Change, and How It Can Be Fixed», *Oxford Review of Economic Policy*, 37, n.º 4 (invierno de 2021), 720-733. El término de Besley «capitalismo cohesivo» parece muy similar a mi término «capitalismo democrático». Véase también Besley y Torsten Persson: *Pillars of Prosperity: The Political Economics of Development Clusters*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2011.

la superpotencia mundial en ascenso, defiende una forma muy diferente de controlar los vínculos entre el poder político y la generación de riqueza, una forma que podríamos llamar «capitalismo autoritario» o «capitalismo burocrático». En otros lugares, en países como Brasil, la India, Turquía o incluso Rusia, vemos la aparición de lo que podríamos llamar «capitalismo demagógico» o «capitalismo demagógico-autocrático». No obstante, en términos de su probada capacidad para generar prosperidad, libertad y felicidad, el sistema occidental de capitalismo democrático sigue siendo el sistema político y económico más exitoso del mundo. También ha sobrevivido a grandes retos en el pasado, en particular en las décadas de 1930 y 1940, y de nuevo durante la Guerra Fría. Pero ahora necesita cambiar de nuevo. Por encima de todo, debe encontrar un nuevo equilibrio entre la economía de mercado y la política democrática. Si no lo hace, la democracia liberal puede derrumbarse.

¿Qué quiero decir con los términos *democracia* y *capitalismo*? Por *democracia* entiendo su forma contemporánea dominante: la democracia representativa de sufragio universal.¹⁷ Por lo tanto, los que quieren limitar o restringir el sufragio están actuando de manera antidemocrática.

Para ser más completo, entiendo por *democracia* lo que Fukuyama llamó «democracia liberal». El eminente politólogo Larry Diamond, de la Hoover Institution, sostiene que la democracia liberal posee cuatro elementos individualmente necesarios y colectivamente suficientes: elecciones libres e imparciales; participación activa de la gente, como ciudadanos, en la vida cívica; protección de los derechos civiles y de los derechos humanos de todos los ciudadanos por igual; y un Estado de derecho que obligue por igual a todos los ciudadanos.¹⁸ Todos estos elementos son necesarios y, en combinación, suficientes para hacer que una democracia sea liberal. Nótese el énfasis en «ciudadanos». Una democracia liberal es excluyente: incluye a los ciudadanos, pero excluye a los no ciudadanos. Esto no significa que los no ciudadanos —extranjeros e inmigrantes— carezcan de cualquier tipo de derecho, ni mucho menos, pero sí significa que carecen de los derechos políticos de los ciudadanos.

17. Al escribir sobre el siglo XIX, podemos decir que no había democracias o —dada la necesidad de distinguir, por ejemplo, el Reino Unido de finales del siglo XIX de la Rusia zarista— podemos hablar de que un país es una forma de «democracia» si había elecciones con un derecho amplio, aunque limitado, de voto, en particular un derecho de voto que seguía excluyendo a las mujeres.

18. Véase «The Universal Value», en Larry Diamond: *The Spirit of Democracy: The Struggle to Build Free Societies throughout the World*, Nueva York, Henry Holt, 2009, cap. 1.

Como insistió John Stuart Mill en sus *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, la democracia se caracteriza, o debería caracterizarse, por «la libertad de discusión, mediante la cual no sólo unos pocos individuos sucesivamente, sino todos los ciudadanos, se convierten, hasta cierto punto, en participantes del gobierno, y en partícipes de la instrucción y el ejercicio mental que de él se derivan».¹⁹ Por consiguiente, para que una democracia liberal funcione, los ciudadanos deben tener derecho a expresar sus opiniones, y los conciudadanos deben estar dispuestos a tolerar las opiniones con las que no están de acuerdo y a las personas que las sostienen. En la terminología de Isaiah Berlin, como ciudadanos, las personas disfrutan de libertad negativa (el derecho a decidir por sí mismas, libres de coacción) y libertad positiva (el derecho a participar en la vida pública, también votando).²⁰ Un sistema político de estas características es intrínsecamente pluralista.²¹ Se preocupa por los derechos políticos de las minorías, porque se preocupa por los derechos políticos de todos los ciudadanos.

Básicamente, una democracia liberal es una competición por el poder entre partidos que aceptan la legitimidad de la derrota. Es una «guerra civil civilizada» en la que no se permite el uso de la fuerza. Y esto significa que los ganadores no intentan destruir a los perdedores. Un sistema en el que mafiosos matan a sus oponentes, pisotean los derechos de los individuos, suprimen la libertad de prensa y se benefician económicamente de sus cargos, al tiempo que se limitan a celebrar elecciones amañadas, no es una democracia liberal. Tampoco es una «democracia iliberal».²² Un sistema así debería llamarse como lo que es: en el mejor de los casos, dictadura de la mayoría, y en el peor, «dictadura plebiscitaria». El gobierno de Putin en Rusia es una dictadura plebiscitaria, igual que lo son el de Erdoğan en Turquía y el de Orbán en Hungría. De hecho, cada vez más se trata de dictaduras a secas, sin calificativos.

Entiendo por *capitalismo* una economía en la que los mercados, la competencia, la iniciativa económica privada y la propiedad privada desempeñan papeles centrales. Este sistema es el «capitalismo de mer-

19. John Stuart Mill: *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, Madrid, Alianza, 2016.

20. Isaiah Berlin: *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1996.

21. Véase William A. Galston: *Anti-Pluralism: The Populist Threat to Liberal Democracy*, Londres y New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2018.

22. Sobre la democracia iliberal, véase Fareed Zakaria: *El futuro de la libertad: las democracias iliberales en el mundo*, Barcelona, Taurus, 2003.

cado». En los diferentes países capitalistas, el tamaño, el alcance y la naturaleza del gobierno con respecto a la intervención reguladora, los impuestos y el gasto varían. Con el tiempo, a medida que las sociedades se hacían más democráticas, la intervención del gobierno también ha tendido a intensificarse. Esto era inevitable, ya que se amplió el electorado para incluir a personas sin activos significativos. Pero también se reveló una creciente complejidad de la vida económica y la omnipresencia de lo que los economistas llaman «imperfecciones del mercado»: situaciones en las que los incentivos del mercado pueden conducir a resultados social o económicamente dañinos.

Ahora bien, como en el caso de la «democracia liberal», el Estado, ya sea grande y relativamente intrusivo o no, debe regirse por la ley. Sin el imperio de la ley, no puede haber capitalismo de mercado, sólo latrocinio. Además, las economías capitalistas, así definidas, también están (y siempre han estado) abiertas al comercio mundial y a los flujos de capital, al menos hasta cierto punto. El capitalismo nunca es exclusivamente nacional, porque el resto del mundo ofrece infinidad de oportunidades para el intercambio rentable.

En sentido más estricto, por *capitalismo de mercado* entiendo la forma de economía de mercado que ha surgido en los últimos setenta años, y en especial en los últimos cuarenta, y que la palabra *globalización* describe de forma abreviada.²³ Al igual que en su vida política, en su vida económica la persona debe gozar de libertad frente a la coacción arbitraria del Estado, en particular, pero no exclusivamente, y de libertad para comprar y vender el producto de su trabajo y cualquier otra cosa que pueda poseer de manera legítima. Como también ocurre en la vida política, estas libertades no son absolutas, sino que deben estar sujetas a límites reglamentarios, legislativos y constitucionales.

El Estado de derecho es un pilar fundamental que comparten la democracia y el capitalismo, porque protege las libertades esenciales para ambos. Esto significa que «todas las personas y autoridades dentro del Estado, ya sean públicas o privadas, deben estar obligadas y gozar del derecho a beneficiarse de leyes elaboradas públicamente, que entren en vigor (en general) en el futuro y se administren públicamente en los tribunales».²⁴ Si algunos individuos o instituciones están por encima de la ley, nadie que carezca de tales privilegios puede estar seguro en el

23. Analicé ampliamente la cuestión de la globalización en *Why Globalization Works*, *op. cit.*

24. Tom Bingham: *El Estado de derecho*, Valencia, Tirant Lo Blanch, 2018.

ejercicio de sus libertades. La ley debe ser universalmente vinculante y protectora para que prosperen la democracia liberal y el capitalismo de mercado.

Tanto la democracia liberal como el capitalismo de mercado comparten un valor fundamental: la creencia en el valor y la legitimidad de la acción humana en la vida política y económica. En este sentido, ambos sistemas se basan en ideas «liberales», pero la viabilidad del capitalismo democrático también depende de la presencia de ciertas virtudes en la población en general, y en especial en las élites. Ni la política ni la economía funcionarán sin un grado sustancial de honradez, confianza, autocontrol, veracidad y lealtad a las instituciones políticas, jurídicas y de otro tipo. En ausencia de estas virtudes, un ciclo de desconfianza corroerá las relaciones sociales, políticas y económicas.

En resumen, los sistemas políticos y económicos dependen para su éxito de la prevalencia de normas fundamentales de comportamiento o, como a veces se lo llama, «capital social». Sin embargo, hoy la democracia liberal y el capitalismo de mercado están enfermos, y el equilibrio entre ambos se ha roto. El último capítulo de mi anterior libro, *La gran crisis: cambios y consecuencias*, sobre la crisis financiera mundial, llevaba por título «La próxima vez, fuego».²⁵ El penúltimo párrafo de ese libro sostenía que «es inevitable que la pérdida de confianza en la competencia y la honradez de las élites reduzca la confianza en la legitimidad democrática. La gente siente aún más que antes que el país no se gobierna para ellos, sino para un estrecho segmento de personas bien conectadas que cosechan la mayoría de los beneficios, y cuando las cosas van mal, no sólo están protegidas de las pérdidas, sino que imponen costes enormes a todos los demás. Tanto en la izquierda como en la derecha, esto genera un populismo indignado. Sin embargo, es probable que en los próximos años la voluntad de aceptar el sacrificio compartido sea aún más importante de lo que lo fue antes de la crisis. Las economías del mundo occidental son más pobres de lo que imaginaron hace diez años. Les espera un largo período de restricciones. Es importante hacer que sea y parezca justo».²⁶

Me equivoqué: el fuego no es la próxima vez, es ahora. Además, la COVID-19 y el impacto de la guerra de Rusia en Ucrania lo han avivado aún más. En gran parte, el incendio es el resultado de la combustión

25. Martin Wolf: *La gran crisis: cambios y consecuencias, lo que hemos aprendido y lo que todavía nos queda por aprender de la crisis financiera*, op. cit.

26. *Ibidem*, pp. 352-353.

lenta de la indignación que dejó la última crisis financiera y económica, que se produjo tras un largo período de resultados mediocres y cambios sociales desgarradores en los países occidentales. Trump fue un producto de este proceso: prometió drenar el pantano, pero, inevitablemente, lo convirtió en un lodazal aún peor. Su cinismo se justificó a sí mismo con sus acciones. Puede pasar que a medida que las economías se recuperen de la crisis financiera y la pandemia, el fuego se apague. Pero ahora eso parece casi inconcebible. El capitalismo democrático mundial está atrapado entre un presente insatisfactorio y un futuro aún menos satisfactorio de proteccionismo, populismo y plutocracia que es posible que culmine pronto en autocracia, sobre todo en Estados Unidos.

Devolver la salud al sistema occidental es uno de nuestros mayores retos. Puede que no lo consigamos. Pero nada bueno se conseguirá si no se intenta nada. El resto del libro elabora este argumento. La primera parte analiza tanto en la teoría como en la historia la relación entre política y economía y, en especial, entre democracia y capitalismo tal como los he definido. La segunda parte examina lo que ha ido mal en la economía capitalista y en el sistema político democrático como resultado del auge estrechamente relacionado del capitalismo depredador y de la política demagógica. La tercera parte analiza las reformas necesarias para crear una economía más inclusiva y próspera y democracias más sanas. La cuarta parte examina cómo una alianza de Estados capitalistas democráticos debería participar en el mundo para defenderse, fomentar sus valores esenciales y proteger la paz y la prosperidad globales y el planeta. Por último, la conclusión vuelve a la cuestión central; es decir, la responsabilidad de las élites para salvaguardar los frágiles logros del capitalismo democrático antes de que desaparezcan en una marea de populismo plutocrático y tiranía.